

Discurso del ministro de Relaciones Exteriores, Francisco Pérez Mackenna, en la presentación libro Sebastián Piñera Echenique: 50 voces globales

Muy buenas tardes.

Quiero agradecer a Magdalena la invitación a participar en la presentación de este libro. Después de leerlo, llegué a una convicción sencilla: este no es un texto para convencer sino para comprender. Entender mejor a un protagonista de nuestra historia republicana como lo fue Sebastián Piñera.

Conocí al presidente Piñera a mediados de los años 70 cuando fue a dar una charla al Campus San Joaquín de la UC. Recuerdo bien que fue en las aulas de Ingeniería. Yo era estudiante de la Escuela de Economía, la misma facultad de la que él había egresado casi una década antes.

Todavía tengo en mi memoria lo inspiradora que fue su presentación, ello a pesar de los años transcurridos. Por ello en esa ocasión pregunté a alguien que estaba a mi lado: *quien es el que presenta?* Piñera me respondieron.

Nos volvimos a encontrar en 1985 cuando trabajé bajo su dirección en Citicorp. De su liderazgo como jefe aprendí de la importancia del trabajo hecho con excelencia, de la respuesta precisa, de la milla extra a desplegar en todas las tareas que uno desempeña. Esa experiencia laboral me formó como el profesional que he sido desde entonces y cultivó una profunda amistad que duró hasta el día de su triste partida.

Vivimos tiempos en que las figuras públicas suelen ser reducidas a caricaturas. Se las admira sin matices o se las condena sin apelación. Este libro hace exactamente lo contrario. Reúne cincuenta voces provenientes de mundos muy distintos —expresidentes, historiadores, economistas, periodistas, intelectuales y amigos— que, desde perspectivas incluso contrapuestas, ayudan a reconstruir la complejidad de una vida pública excepcional.

Por eso quisiera comenzar no por el Presidente, sino por el joven Sebastián Piñera.

Lawrence Kotlikoff, su compañero de doctorado en Harvard y amigo durante toda la vida, probablemente escribe las páginas más íntimas del libro. Lo conoció el primer día de clases y dice que se hicieron amigos *“al instante y para*

toda la vida". Lo describe como un estudiante extraordinario, brillante *"en el sentido estadounidense de súper inteligente, pero también en el sentido británico de verdaderamente especial"*.

Hay un detalle que resulta sin duda notable. Kotlikoff recuerda que Sebastián lo saludaba cada mañana preguntándole:

"¿Estás feliz o triste?"

Y agrega con humor que nunca entendió por qué reducía toda la existencia humana a esas dos posibilidades. Pero, como si respondía *"feliz"* inmediatamente se ponían a trabajar, siempre terminaba contestando que estaba feliz.

Es una anécdota menor, pero revela algo importante: una personalidad orientada hacia la acción, el optimismo y el trabajo.

Kotlikoff recuerda también que Sebastián quería ser el mejor alumno del curso. Cuando Kotlikoff obtuvo una nota apenas superior a la de él, lo abrazó y le dijo, con ironía:

"Estás lejos de tu casa. Vienes de un país en desarrollo. El inglés es tu segundo idioma. Lo harás mejor la próxima vez."

Esa mezcla de competitividad, humor y amistad aparece repetidamente en todo el libro.

Y quizá la frase más conmovedora de su testimonio sea la última. Frente a la muerte de Sebastián Piñera escribe: *"Estoy triste y feliz a la vez."*

Triste por la pérdida del amigo. Feliz por haber compartido una vida con él.

Después de leer ese capítulo, uno entiende que el personaje público sólo puede comprenderse plenamente si antes se conoce a la persona.

Desde allí comienzo el recorrido del libro.

Barack Obama recuerda el rescate de los treinta y tres mineros como uno de esos momentos que capturaron la atención del mundo entero. Dice algo muy significativo:

“La negativa de Sebastián a renunciar a la esperanza habló por sí sola sobre su liderazgo.”

No destaca únicamente el éxito del rescate, sino la capacidad de movilizar recursos internacionales, convocar a científicos de la NASA, empresas privadas y equipos de distintos países para enfrentar una emergencia que parecía imposible.

Niall Ferguson amplía esa mirada. Afirma que Sebastián Piñera fue “una rareza de la política latinoamericana”: un conservador liberal capaz de impulsar el matrimonio igualitario; un gobernante que enfrentó terremotos, pandemia, protestas sociales y crisis migratorias sin que la institucionalidad democrática chilena colapsara.

Su juicio se resume muy bien en una idea central:

“Piñera merecía mucho más reconocimiento del que ha recibido por gobernar con seguridad el barco del Estado en mares excepcionalmente tormentosos.”

No es una frase menor. Proviene de uno de los historiadores más influyentes del mundo contemporáneo.

Andrés Oppenheimer, por su parte, rescata otra dimensión.

Dice que Sebastián Piñera estaba convencido de que Chile podía ser el primer país latinoamericano en alcanzar el desarrollo.

Su obsesión permanente eran la educación, la innovación, la ciencia y el emprendimiento.

Especialmente inspirador para mi resulta su relato de que Sebastián Piñera le recordaba que luego de la fiesta de los commodities Latinoamérica enfrentaba una tormenta perfecta: sin diversificación de exportaciones, innovación ni educación de calidad, la región seguiría atrapada en sus ciclos. Ese es exactamente el punto que nos hemos planteado como desafío en nuestra actual estrategia para la Cancillería en la búsqueda de desarrollo humano para Chile.

Pero Oppenheimer también introduce un matiz importante. Sostiene que Sebastián Piñera mostraba carencias en el departamento de la inteligencia emocional, que era directo, incluso brusco, poco dado al “*small talk*”. Sin embargo, agrega una observación que me pareció destacable:

“Era difícil sorprenderlo con un dato que no supiera.”

Y añade que siempre preguntaba qué libro estaba leyendo su interlocutor.

Esa curiosidad intelectual aparece una y otra vez en distintos testimonios.

Claudio Grossman ofrece otra faceta menos conocida.

Lo muestra trabajando en el juicio de La Haya con una rigurosidad impresionante. Había leído personalmente memorandos de decenas de páginas y discutía párrafo por párrafo las implicancias jurídicas de cada argumento.

Pero Grossman termina destacando algo todavía más importante.

Después del triunfo de Chile, el Presidente no buscó protagonismo personal. Al contrario, dio públicamente crédito al equipo y cedió la palabra a quienes habían llevado adelante la defensa.

Ese gesto dice mucho sobre su manera de entender el servicio público.

Quizá el capítulo más sorprendente sea el de Cayetana Álvarez de Toledo.

Sorprendente porque comienza con una crítica muy severa.

Dice abiertamente que el Presidente Piñera cometió un grave error al aceptar el acuerdo constitucional de noviembre de 2019.

Pero luego ocurre un giro notable.

Cuando conversa personalmente con él y escucha su relato de aquellas semanas de violencia, incendios y angustia institucional se le viene a la mente una escena narrada por el filósofo Raymond Aron en sus memorias:

Después de describir el derrumbe de la República de Weimar, Aron recibe de Joseph Paganon, ministro del interior de Francia en 1935, una única pregunta:

“¿Y usted, en mi lugar, qué haría?”

Esa pregunta transforma completamente la mirada de Cayetana.

Ya no observa al Presidente desde la comodidad del espectador.

Empieza a comprender la soledad del gobernante.

Escribe entonces una de las frases más profundas del libro:

“Juzgar a los responsables políticos desde la barrera es fácil, pero injusto.”

Y concluye diciendo que Piñera fue, finalmente,

“Un demócrata a la intemperie.”

Me parece un título extraordinario porque resume la condición de quien debe decidir cuando ninguna alternativa es buena.

Álvaro Vargas Llosa recoge esa misma idea desde otra perspectiva.

Esperaba encontrar, después de su segundo gobierno, a un hombre derrotado.

Encontró exactamente lo contrario.

Encontró al Piñera optimista, lleno de proyectos, convencido de que todavía podía contribuir a fortalecer la democracia en América Latina.

Y sostiene una tesis provocadora:

Que quizás el tiempo termine demostrando que la estrategia de aceptar el proceso constitucional fue más acertada de lo que muchos creyeron entonces.

No afirma que fuera perfecta.

Afirma simplemente que la historia suele ser menos simple que el debate político del momento.

Enrique Krauze resume esa evolución con una frase muy precisa:

“Si en 2010 fue el presidente de la reconstrucción y del rescate, en 2019 fue el presidente del estallido.”

Dos gobiernos completamente distintos.

Dos Chiles completamente distintos.

Y, sin embargo, un mismo protagonista.

Finalmente quisiera mencionar una cita del Presidente Lula da Silva que me parece especialmente apropiada.

En una ocasión Piñera le recordó una frase de San Agustín:

“Los tiempos son como los hombres los hacen. Seamos mejores y los tiempos serán mejores.”

Tal vez esa frase explique también el sentido profundo de este libro.

No pretende decirnos que Sebastián Piñera fue un hombre perfecto.

Ninguno de estos autores sostiene eso.

Al contrario.

Reconocen entre sus éxitos errores, limitaciones, derrotas y decisiones discutibles.

Pero todos coinciden en algo mucho más importante.

Que fue un protagonista decisivo de la historia reciente de Chile y de América Latina.

Y que esa historia merece ser comprendida con serenidad, con perspectiva y con honestidad intelectual.

Termino con una reflexión:

Después de leer estas cincuenta voces, uno descubre que el verdadero homenaje no consiste en eliminar las discrepancias. Consiste en aceptar que una democracia madura puede discutir el legado de sus líderes con libertad, con respeto y con argumentos.

Ese, probablemente, sea también el mayor legado que este libro nos deja.

Muchas gracias.